Aitor Zárate

¡O RICO O NADA!

TÚ ELIGES...

Haciendo que el dinero
baile para mí
(con la mayor elusión permitida)
para hacer con mi tiempo
lo que me dé la puta gana

DEUSTO

¡O RICO O NADA!

Tú eliges...

AITOR ZÁRATE



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Aitor Zárate, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: febrero de 2025
Depósito legal: B. 23.051-2024
ISBN: 978-84-234-3800-6
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España



1

Nací siendo una estrella

> Soy el actor principal de mi película, la «estrella». Soy quien triunfa o fracasa, algo que nadie puede hacer por mí.

Todo, absolutamente todo, comienza con un «quién», y ese «quién» soy yo. Y sé que ya tengo dentro de mí todo lo necesario para vivir como quiero.

ASÍ QUE sólo debo encontrarlo y hacer que trabaje para mí, a mi favor, y dejar de perder el tiempo buscándolo fuera.

¿Qué debo asumir hoy aquí?

1. Cuando nací era una estrella que fue perdiendo brillo y que hoy, como adulto, no permitiré que defraude al niño que fui. Y si no pongo todo de mi parte para conseguirlo, es que soy un «mierda».
2. En mi vida asumo mi «individualidad» y obvio mi «personalidad».

Lo primero es mi esencia, quien soy realmente. Lo segundo es lo que terceros validan o piensan que soy. ¿Qué pienso de ellos y de lo que piensan? ¡Que me trae al pairo!

1. Una historia cualquiera

¡Vamos con la idea principal! Nací siendo una estrella.

Resulta curioso que el ser humano, poseedor de un sentimiento innato para autodirigirse, no lo intente seriamente hasta encontrarse inmerso en una situación jodida, y siempre más tarde de lo que «toca». No sé por qué, pero es así. Imagino que será, como casi siempre, por comodidad, lo cual resulta una absoluta estupidez, ya que para avanzar en la vida y conseguir algo de valor, no queda otra que buscar permanentemente situaciones incómodas, más que nada para aprender algo que merezca la pena. Si busco siempre la comodidad y la aparente seguridad, los resultados serán pobres. ¿Y no estoy aquí para ser rico y libre, y hacer con mi tiempo lo que me plazca? ¡Pues eso! Si hoy, como mañana y como pasado, no estoy dispuesto a «mover el culo», es señal inequívoca de que estoy en un mal punto en mi vida y como no me «ponga las pilas», no me comeré ni un torrado.

¡Sigo!

Al nacer no era nadie y comencé a recibir estímulos: de mis padres, de los profesores, de los compañeros de colegio, de la televisión, de la radio, del Estado... y de repente, sin darme cuenta, me «planté» en los 15 años siendo un adolescente sabelotodo e insoportable, que no tenía ni repajolera idea del funcionamiento del mundo del dinero (algo común en el país donde nací), omnipresente concepto en la vida de cualquier ser humano, y que, quiera o no, me acompañará hasta la tumba. Y a veces, si no soy previsor, hasta después de la tumba (si alguien duda, que pregunte al fisco).

O sea, yo era, como todos a mi edad, ¡un panoli!

Pasó el tiempo y me volví más insoportable, si cabe, pero de momento continuaba siendo «virgen» social y económicamente inocuo: sin documento nacional de identidad, ni seguridad social, ni obligación de pagar impuestos, ni de votar, ni cuenta corriente, ni tarjeta de crédito y, por supuesto, lejos aún del acceso a los fondos de inversión, planes de pensiones, de jubilación e hipotecas. En resumen: ¡un ser humano inconsciente!

Era un momento crucial y delicado, aunque yo no tenía posi-

bilidad de darme cuenta de hacia dónde me dirigía, de lo que me encontraría y mucho menos de dónde buscar el conocimiento necesario para ir desde mi punto de partida hasta mi objetivo (fuese el que fuese). Es decir, que me encontraba en el desierto, esposado y encapuchado por unos desconocidos, que en un momento determinado me soltarían las esposas, me ordenarían que comenzara a caminar, y se marcharían en su *jeep* dejándome más solo que la una. ¿Puedes cerrar los ojos e imaginarlo por un momento?

Tras cinco segundos: así me encontraba yo, exactamente igual que se encuentran los jóvenes, y no tan jóvenes, de hoy en día. Estaba en un momento crucial en el que no tenía la más mínima oportunidad de saber exactamente cómo salir del entuerto. Y si a eso le unes mi actitud de vago redomado, ¡apaga y vámonos! Era como si el funcionamiento del mundo del dinero, y la gestión del tiempo, no fuesen conmigo. Además, y para rematar, no existía internet ni teléfono móvil. ¡Era una situación dura de verdad!

En definitiva, yo era alguien que no existía para el sistema, no merecía ser controlado, un iluso desinformado e inculto que no tenía ni siquiera un ligero conocimiento de la «sorpresita» que el sistema me tenía preparada: el mal llamado «estado de bienestar».

Comentario no solicitado: ¿quién es la lumbrera que osó juntar esas dos palabras que tanto se repelen? Me parece un grave insulto a mi inteligencia que me hayan intentado vender durante tanto tiempo esas dos palabras juntas (*Estado* y *bienestar*), que no se merecen, ni siquiera, estar en el mismo párrafo. Dicho con claridad: la palabra *Estado* es repelida por la palabra *bienestar*, ya que son polos opuestos. La palabra *Estado* no merece ir junto a *bienestar*, y mucho menos insinuando siquiera que es capaz de conseguir lo segundo para el ciudadano. Simplemente porque el Estado agoniza y no es capaz de casi nada en beneficio real de nadie, es lo opuesto a bienestar, ya que controla todos los derechos individuales, aplicando la violencia (física o no), muchas veces de modo desproporcionado, e incapaz de provocar, ni en sus sueños más «húmedos», el bienestar de sus «súbditos» (que es lo que «aparentemente» somos).

Simplemente escuchar la palabra *Estado* ya provoca males-

tar general, salvo, obviamente, para la masa borrega carente de la más mínima capacidad de discernimiento, imaginación o creatividad individual.

¡Sigo!

Todos hemos estado ahí y hemos caído en la trampa. Pero no es para desanimarse, ya que, como me decía mi madre constantemente: «En la vida todo tiene solución menos la muerte». ¡Sí! Todo tiene solución, y como hoy ya he dejado de ser inculto, me resarciré, aprovecharé y beneficiaré de todas las «putadas» que intentaron hacerme en su momento.

Toda experiencia, por jodida que sea, trae aparejado un aprendizaje que constituye una lección de vida. ¿Qué es lo más importante que aprendí? Todo lo relacionado con la gestión del tiempo, toma de decisiones, dinero e impuestos. Y por ello estoy aquí, para mostrar todos los antídotos a los «venenos» que nos intenten inocular esa pandilla de cretinos. ¡Eso es lo que son! Pero debo estar muy atento, porque no hay nada más peligroso que un cretino mediocre, con mentalidad de funcionario, y motivado, usando un mojigato lenguaje inclusivo.

Seguimos con la historia. Ya estando a punto de convertirme en un miembro de pleno derecho del «Club de los Borregos» (miembro del inexistente «estado de bienestar»), pasé de la noche a la mañana, y sin darme cuenta, a tener documento nacional de identidad, carnet de conducir, acceso (obligatorio) a la «seguridad social» (lo pongo en minúsculas a propósito, ya que no es ni segura ni social), conseguí mi primer, y único, trabajo por cuenta ajena (jugador profesional de baloncesto) y contraté un plan de pensiones. Dos notas al respecto: 1) lo pongo también en minúscula, porque el producto financiero no merece ni una sola mayúscula, y 2) ¡cómo pude ser tan gilipollas de contratar uno de ellos! Y si se me perdona: ¡otro de jubilación también! Ergo si yo he sido capaz de salir de esa bazofia y aprender para ser rico en tiempo y dinero (casi), cualquiera puede.

¡Y que nadie toque las minúsculas!

Me compré un libro sobre fondos de inversión pensando que era lo más *cool*. ¿*Cool*? Un imbécil de los pies a la cabeza, eso era yo.

Compré mi primera vivienda (llegué a tener siete) con hipoteca, obviamente, y seguí «ganando puntos» para ir ascendiendo, ¡como si fuese un mérito!, en el «Club de los Borregos», lo que me supuso un conjunto de desventajas reales de las que me llevó años desprenderme. Hoy, gracias a no sé quién, ya no queda ningún resquicio de la «mierda» que fui. ¡Hazme caso! ¡No es decente vivir limitado, por nada ni por nadie!

Ya no me cuestiono todo aquello. Ahora simplemente pienso qué es lo que quiero y actúo, sin pararme a pensar en qué opina el resto sobre mí, sobre lo que hago o sobre cualquier otra cuestión. ¡Me importan un bledo! Como decía mi madre: «¡Que cada palo aguante su vela!».

¿Por qué digo esto? Porque miro a mi alrededor y veo personas a las que no les gusta el trabajo que realizan, al que dedican mucho tiempo y energía a cambio de poco dinero y muchos impuestos. Y pienso: «¿tiene sentido?». ¿Por qué yo lo veo y ellos no? O si lo ven, ¿por qué no hacen nada? Y responder que no puedo o es imposible no es admisible como respuesta. Todo es posible: sólo hay que tener un plan y dar el primer paso. ¿Tiene sentido vivir así? ¡Pregunta anulada por tonta!

Yo no quería eso para mi vida cuando me encontré en el fango a los 33 años con mi segunda ruina. Yo quería ser rico y libre, y ésa es la razón por la que diseñé el Plan ORON y lo cumplí a rajatabla.

Al principio costó, pero hoy ya es parte de mí, como andar en bicicleta.

La vida es tiempo, decisiones y dinero, y así todo está bien. Porque el resto, lo que tenga que ocurrir, teniendo en cuenta que la vida se autodirige, haga lo que haga, ocurrirá. ASÍ QUE me enfoco única y exclusivamente en lo que puedo controlar. ¿El resto? Se lo dejo a los periodistas, políticos y analistas financieros.

Cuando me paré, cuando estaba inmerso en el diseño del Plan, me di cuenta de que si no estaba muy atento, caería con suma facilidad en una situación de desequilibrio a la hora de mezclar el «cóctel». ¿Y qué es el «cóctel»? Es la mezcla que todos tenemos que hacer usando los siguientes «ingredientes»: ingre-

sos, gastos, impuestos, tiempo y energía, que veremos en el capítulo 10. No hay otra alternativa. Tengo que arriesgarme a hacer la mezcla, pero obviamente, el orden en el que introduzca los ingredientes para ser rico en tiempo y dinero importa, y mucho.

¡Sigo!

«¡Venga, va! Lo primero es reconocer que la "he cagado"», me dije.

Pero nunca está todo perdido y sé, aunque cuesta asimilarlo, que soy capaz de conseguir cualquier cosa que me imagine y proponga. De hecho, estar en el pozo es lo mejor que me pudo pasar para renacer de mis cenizas, ya que cuando estoy ahí, nada tengo que perder y es cuando doy lo mejor de mí.

Y ahora es momento de contar un simple secreto, que uso un día sí y otro también, que es un superpoder que tengo, y tú también, que consiste en ordenar a mi mente que se ponga en «modo fango» para sacar lo mejor de mí, una y otra vez, y siempre que quiera. La mente no distingue entre realidad o ficción, y hará sin rechistar todo lo que se le ordene. Puede reproducir la emoción, tanto de un hecho pasado maravilloso como de uno horrible, y como cuesta lo mismo, siempre le ordeno que se ponga en los estados que me convenga en cada situación, incluso en el «modo fango». Nunca olvido que es un arma que siempre tengo a mi disposición.

¡Sigo!

Un día me pregunté: «¿En serio que esos "tipejos" quieren jugar? ¡Juguemos pues!». Sí. Para ganar, o perder, no existe otra alternativa. ASÍ QUE, para preservar mi libertad, debo jugar.

Cuando comencé a diseñar el Plan ORON era muy consciente de que debía tener mucho cuidado, porque en todo proceso de cambio creativo llega un momento en el que aparecen las «hienas» (mediocres, envidiosos, malintencionados, pazguatos, costumbristas y cretinos), que no han conseguido nada importante en sus vidas y les molesta que yo lo consiga, y seguirán taladrándome la cabeza con las patéticas ideas sobre que el grupo es más importante que el individuo, la necesidad de un trabajo fijo (que nunca ha existido), la conveniencia del derecho de cobro de no sé cuántos días por año trabajado en caso de despido improcedente (una la-

cra para la mente), y cómo no, con «la brillante» idea, uno de los mayores errores de la historia económica mundial, que constituye la guinda del «pastel»: «Debes comprarte una casa», con su hipoteca, por supuesto, ya que vivir de alquiler es tirar el dinero.

Hasta aquí lo que hace alguien mediocre, que obviamente ni es rico ni libre. Los ricos y libres no poseen, usan, y ya he dicho alguna que otra vez que: «Si corre, vuela, navega o es una casa, mejor alquilar que comprar».

Cada vez que veo, escucho o leo noticias relacionadas con el dinero pienso: «¿Quién les ha dado clase de economía a todos estos? ¡Clases de cómo perder dinero es lo que demuestran haber recibido!». Ya decía Albert Einstein que había dos cosas infinitas en la vida: el universo y la estupidez humana, y de la primera no estaba absolutamente seguro.

Ya he dicho que en la vida o hago lo que quiero, o lo que otro quiere que haga. ¡No hay otra! Si hago lo segundo, nunca seré rico. Todo bien.

¡NO! ¡Todo bien, no! Yo quiero ser rico y libre, y hago lo que quiero y no me dejo manipular. ¡Es mi firme decisión!

Desde hoy me hago responsable, dueño y señor de mis decisiones, acciones, tiempo y dinero, con simplicidad y para siempre, ya que una persona es lo que hace, no lo que piensa, ni lo que dice que hace.

Desde ese momento decidí que no iba a permitir que nada ni nadie contaminante entrase en mi vida.

Y para ello...

2. ¡Aquí te presento «My six pack»!

Son mis normas para relacionarme, mi «prueba del algodón» para saber si «mezclarme» con alguien o no, con el objetivo, ya que la vida es tan corta, de no perder el tiempo con tontos y sus tonterías. ¡Éstas son!

1. Nunca me digas qué tengo que hacer.
2. No toques mis cosas (ni materiales, ni inmateriales).

3. Contesta siempre a mis preguntas si quieres que conteste a las tuyas.
4. No opines sobre mis opiniones salvo que te lo pida.
5. Juego mi vida impecable e implacable.
6. Vivo despacio, no alteres mi ritmo.

Y ahora retomo la individualidad y la personalidad.

El individuo es libre. El personaje es un esclavo. ¿Qué prefiero ser? Pregunta anulada por tonta.

Parece una gilipollez, pero no lo es. ¡Soy un individuo! No soy un personaje. La individualidad es verdad. El personaje es una filfa.

¿Para qué quiero que un gran número de personas me presten atención? ¿Sólo para seguir agrandando mi personalidad, mi personaje? ¡Se acabó! ¡Me agota! Y cuanto más permita que una situación potencie mi personaje, más me alejaré de mi individualidad. Y hacerlo es el principio del fin.

Mi individualidad es mi esencia, y uno de los requisitos para ser rico en tiempo y dinero. ¡Y yo quiero serlo! Abandonar la personalidad y abrazar la individualidad es un objetivo en sí mismo.

Personalidad

Es algo que puede engañar a los demás, pero nunca a mí. Yo sé quién soy y quién no. Hoy en día, si abrazo la personalidad, seré un ser conformista, previsible, obediente con la sociedad y sus demandas, y que vive acorde con los falsos valores que conforman la sociedad actual, que está profundamente dormida. Y yo ni soy conformista ni estoy dormido.

Si lo que realmente quiero es esa clase de adoración, respetabilidad y fingimiento, me volveré más falso, más seudo, más de plástico.

Individualidad

Es mi esencia, quien realmente soy, es sin lugar a dudas el objetivo del «quién» que debo alcanzar. Seré rico por mí y para mí, y nunca por lo que los demás piensen. Como se ve, es una idea absolutamente contraria al pensamiento mayoritario de la masa borrega que campa a sus anchas por internet. Hoy en día se debe demostrar, ostentar, «parecer que se es» rico o lo que sea. Fingimiento y falsedad.

El público es quien valida, atendiendo a lo que tienes, o parece que tienes, si eres rico o no. ¡Craso error! Yo, y nadie más que yo, defino qué es ser rico. Yo recorro el camino y doy fe de si lo soy o no, sin necesitar la validación ni el apoyo de nadie y, por supuesto, nunca ostento, ya que la ostentación, una vez más, es un rasgo de verdadero «pringao». Quien ostenta para «vender» o necesita hacerlo es otro «pringao». Vender es aburrido y tedioso. El poder, siempre que tenga dos dedos de frente, siempre lo tiene el comprador. Siempre he dicho que yo no vendo, me compran. Ahora que ya me dedico exclusivamente a ganar dinero con mis inversiones, ni siquiera tengo que fingir o «hacer que vendo». ¡En fin, no me hagas caso!, será mi deformación profesional, la de un tipo que lleva ya muchos años, quizá demasiados, haciendo que el dinero «baile» para él, sin tener que vender, ni convencer, a nadie. La de un tipo que ha vendido mucho en su vida usando su personaje, y ahora quiere recuperar a su individuo, quiere volver a SER, y sólo se dedica a invertir para hacer crecer su dinero sin parar, y quien, además, piensa que vender para ganar dinero es una acción soporífera, propia de «personajes» y no de individuos auténticos. ¿Sorprendido? Porque este libro también trata de ganar dinero sin vender, entre otras muchas cosas.

El día que consiga disfrutar de mi individualidad seré libre de la dependencia de los demás, ya que sé que si les pido su atención, tarde o temprano, tendré que corresponderles pagando un alto precio por ello. Es una dependencia que dificulta mi libertad y ya he comentado antes que no me gusta nada que me digan qué tengo que hacer. Cuanta más atención pida a la gente, más me conver-

tiré en una «cosa», en un bien que se puede comprar y vender. El día que me despoje de mi personalidad y sea simplemente un individuo, seré libre. Sabio es aquel que sabe quién es y nunca necesita serlo a través de los demás. Individualidad es saber quién soy. Y nadie tiene por qué validar nada de lo que hago ni de lo que soy. Personalidad es responder a lo que el exterior valida, y a lo que dice que soy. La personalidad es falsa; la individualidad es auténtica, es mi esencia. El sabio es rebelde e inconformista y nada tradicional; yo no llego a todo, pero sí soy rebelde. Y algo es algo.

La rebelión es el sabor mismo de mi ser. El sabio tendrá poca gente escogida, el santo no. Jesús era un sabio; el papa es un santo. ¡Evito el personaje y me lanzo a mi individualidad! Lo primero es lo primero, y lo primero es asumir que soy un individuo, no una personalidad. Lo primero se construye conmigo de testigo, para lo segundo necesito al resto, y la personalidad lo destruye todo. ASÍ QUE debo asumir que, en primer lugar, hago las cosas para mí y después para los demás: primero soy un individuo y luego, a años luz, quizá sea un personaje. Sé que cuesta, pero créeme, funciona.

¿Por qué voy a preocuparme por lo que piensen sobre mí personas que no me conocen de nada y a las que no conozco? Si lo hiciese, no sería más que otro estúpido, cosa que no soy.

El ingrediente más importante para ser rico siempre es el «quién», o sea yo.

Y yo lo tenía todo, lo perdí y decidí recuperarlo.

¡Moviendo el culo!

1. Sé que nací siendo una estrella. Así que cada mañana al levantarme me pongo frente al espejo e incluso con legañas, me digo: «Soy el número uno de mi vida, estoy solo y nadie hará nada por mí. ¿Queda claro? ¡Pues eso!».
2. Elimino todas las capas de «mierda» del pasado que llevo encima y me centro en el presente y en representar el papel de actor principal de la «película».

3. Hago un esfuerzo por recordar qué me gustaba cuando era niño (hago una lista), y pienso: de todo ello, ¿qué se me da bien hoy?, para que quien soy no defraude al niño que fui, que es a quien debo recuperar a toda costa, ya que ¡me va la vida en ello!
4. No espero absolutamente a nadie. Hago lo que quiero y no lo que otro quiere que haga.